

Selección de poemas de *Querida Beth*, de Andrea Cote, XXIV Premio Casa de América de Poesía Americana:

Me pregunto

*“Nuestra lengua materna no es para nada una madre,
sino una huérfana”
Ocean Young*

Si es verdad que hace treinta años,
como dices,
el paisaje era otro:
la nieve más alta
la casa más baja,
más fuertes las ganas de llegar.

Me gustaría saber si ya lo conseguiste
TODO.

Ya sabes:
la casa,
el abrigo de piel,
las botas de cuero
la nacionalidad,
la tabla de esquiar.

¿Y dime, Beth
qué trajiste de casa?
¿qué de todo lo que fue arrasado perduró?

¿Estas fotos,
la estatuilla de José Gregorio
la botella de anís?

¿Es ésta cruz
igual
a la del pueblo?

Verás,
a veces siento
que la casa se repite,
como la guerra misma.

La piedad

Nosotras
a los hombres
los hinchamos por dentro.

A los padres, en las casas de mi pueblo
les daban de comer doble ración.
Si quedaban hambrientos
les daban carne de la madre,
la carne de los hijos y los perros,
y los trozos de jamón uno tras otro
antes de dormir.

Eran padres exhaustos,
de los que a duras penas levantan la barbilla del plato.
Padres que se atracan de huevos y cebollas
con una ferocidad
que nada tiene que ver con el hambre.

Nosotras a los hombres los hinchamos de pan,
sentados a la mesa, los hermanos
levantan, no el rostro,
sino un agujero grande y brumoso que todo se lo traga.
Por allí vamos metiendo
viandas y frutas
para aplacar el hambre del hermano,
tierno animal.

Nosotras a los hijos los hinchamos de miel
y cuando ya están heridos y enfermos de abundancia
los seguimos cebando por las piernas y los ojos
hasta que están recios, olorosos y pesados.

Nosotras a los hijos les hablamos del hambre hasta en sueños
y luego se van por el mundo creyendo que el hambre es un dios,
comprando bultos de manzanas para rendirle tributo
con cascadas de restos que caen de sus mesas atestadas.

Nosotras a los hombres ya no los reconocemos
esos pobres muchachos, con sus dedos rechonchos,
gordos y torpes. Avientan platos y cacharros
que nosotras levantamos del suelo
sollozando de piedad por el que ahora,
al fin,
se mueve como un animal peligroso

**

*Cuando a la casa del lenguaje se le vuela el tejado
y las palabras no guarecen, yo hablo*
Alejandra Pizarnik

Hablo del retorno, pienso por un momento que existe.

Estoy rodeada de gente repleta de lo mismo que le hace falta: lengua, país, bienes raíces, número de identificación. Cuándo me preguntan de dónde vengo, sonrío, el lugar del que vengo no existe más.

Pero allá, sin embargo, estoy volviendo.

**

Azul

Como todo ciudadano modelo de este país,
Don lo adeuda prácticamente todo:

la camioneta,
la casa, la última suscripción,
los palos de golf,
la podadora,
el equipo de esquiar.

En su fortín suburbano
bajo un enjambre de neumáticos y clavos
atesora el ajuar
de todos sus futuros posibles
-uno de ellos muy negro-

Como todo ciudadano modelo,
se pasa el día esperando

el periódico
y una revelación sobrecogedora.
Cree en los espías,
en el microbio asesino
en las conspiraciones,
en Dios
y en ese acontecimiento telúrico al que llaman amor.

Cuando miro a América
en la cara de Don,
la inesperada transparencia de sus ojos
tan azules,
me desarma.

Cuando miro a América
en la cara de Don
deseo para ella
un milagro más noble que sí misma.

Cuando miro a América
en la cara de Don
la veo triste.

**

La multitud

Nos dijeron que más allá del monte
del plano
del barranco
anda la vida que soñamos.

Donde empieza el dolor
a entumecernos las piernas
nos vamos desprendiendo
de antiguos recursos de viaje,

más que nada
palabras.

Por no hablar de la sed
señalamos
gotas borboteando entre piedras.

No podemos gemir,
para eso hace falta fuerza,
pero aquí todo es para andar:
 el chasquido de huesos en la carne
 la rama retorciéndose,
 el aliento sin aire
todo
es del tránsito.

No se puede pensar en lo que vamos dejando.
Amar es lo opuesto a irse
Amar es hundir la raíz en algo.

Pero la voluntad de cruce
es nuestra estrella
 y más allá del cuerpo
 ya estamos del otro
 lado
sólo nos falta llevarlo.

Hay voraces ráfagas
que me empujan hacia esos corredores,
 pero no entera,
 sólo en partes,
y por la ruta
voy dejando
trozos de pan
girones de ropa,
papeles rotos
los hijos que me da el camino,
los ramajes en que
se acurrucan
exhaustos.

 El cansancio,
un ruego
de cosas extinguiéndose
cuyo vacío
es más amplio
que el mundo.

Algo mío
de todo esto
 que avanza
podrá finalmente cruzar.

